

La misma fe en los destinos de la patria

AQUEL domingo glorioso, amanecer del 26 de julio de 1953 en Santiago de Cuba, el cuartel Moncada –la segunda fortaleza militar del país– impone sus muros de oprobio. Contrastando las calles en carnaval, desde la Granjita Siboney llega sigilosa una caravana de autos, con su valiosa carga de juventud, arrojo y esperanza. De manera simultánea, un comando secunda en Bayamo. Es la carga para matar bribones que Villena soñó. Es la Generación del Centenario tomando el cielo por asalto con su cañón de futuro. La acción fracasa prematuramente, durante varios días se enseñorean en oriente la tortura, la venganza y la infamia; pero el pueblo, con su admirable clarividencia, comprende que allí ha ocurrido algo definitivo y trascendental.

Los héroes, el gesto altruista y la fecha comienzan a partir de ese momento a hilvanar el porvenir y el carácter inquebrantable de la patria.

Ante los círculos gobernantes proimperialistas patrocinados por la bota golpista del 10 de marzo de 1952, se hacía necesario una arremetida decisiva para culminar la obra de los precursores independentistas. En esas circunstancias el joven abogado Fidel Castro Ruz asumió la misión histórica de nuclear una resuelta vanguardia insurgente, en su mayoría seguidora de la prédica de Eduardo Chibás contra la corrupción y a favor de la justicia social. Sumaron miles los hombres que Fidel logró organizar en células asombrosamente compartimentadas.

Estudiantes, profesionales, obreros, campesinos, desempleados, integraron el contingente de centenar y medio –incluidas dos mujeres–, escogido para la hora cero. “Por la dignidad y el decoro de los cubanos, esta Revolución triunfará”, sostenía el manifiesto leído poco antes de partir, ante el cual los valientes juraron luchar para que su ejemplo desencadenara una insurrección popular y forjar una nación con todos y para el bien de todos, convicción suprema del Apóstol, declarado Autor Intelectual de la gesta. El 1° de enero de 1959 tanto sacrificio y anhelos empezaría a hacerse realidad con la concreción del Programa del Moncada, precisamente dirigido a reivindicar los derechos humanos y erradicar los seis problemas cardinales denunciados en *La Historia Me Absolverá*.

Como el escudo, el Moncada se elevó en un haz de símbolos. Encendió el motor pequeño que habría de generar un movimiento más grande. Fue un grito de rebeldía, un llamado a la conciencia social de los cubanos, una victoria de las ideas de calado profundo, una transformación de proyección irreversible. Hoy los antiguos cuarteles sirven de ciudades escolares, los niños asaltan el Moncada con lápices y banderas; en las lomas germinaron hospitales, escuelas, granjas, urbanizaciones, electrificación... las luces y los frutos del empeño tenaz y creador.

Setenta años después, la madrugada en que aquellos prometeos trajeron en sus manos el sol de la Revolución, a sangre y fuego, sigue teniendo plena vigencia. El Moncada es hito, síntesis superlativa de las tradiciones combativas de nuestra historia. Jornada gloriosa, clama en su voz, alza en sus brazos, celebra en su corazón, el pueblo invencible que prolonga su aliento y no se detiene y reafirma enardecido, por la memoria de sus mártires y de su líder histórico: “cambiar todo lo que debe ser cambiado”, en aras de cimentar un mañana más próspero.

Como sentenció Fidel en el discurso por el aniversario XX del Moncada, decimos: “En una sola cosa somos iguales al 26 de julio de 1953: la misma fe en los destinos de la patria, la misma confianza en las virtudes de nuestro pueblo, la misma seguridad en la victoria, la misma capacidad de soñar con todo aquello que serán realidades de mañana por encima de los sueños ya realizados de ayer”.